

El gimnasio de boxeo como proyecto pedagógico*

Hortensia Moreno**

Resumen

El gimnasio de boxeo como proyecto pedagógico

La tradición del boxeo ha generado un sistema de enseñanza de la disciplina que se extiende en el tiempo y en el espacio con notable regularidad. Al tiempo que reproduce una serie de tecnologías del yo, se inscribe en un orden simbólico que otorga valores y lugares jerárquicos en función del género, por lo cual sostenemos que se trata de una "tecnología de género". De esta forma, el aprendizaje de la práctica boxística integra a los peleadores en una estructura social compleja, separada y defendida como un coto de exclusividad masculina, con un funcionamiento que abarca una variedad de dimensiones del cuerpo, el género y la educación.

Palabras clave: *gimnasio de boxeo, masculinidad, enseñanza del boxeo, formación del boxeador, tecnologías de género, cuerpo, escuela de moralidad.*

Abstract

The boxing gym as a pedagogical project

The boxing tradition has produced a teaching system which expands through time and space with remarkable regularity. It reproduces a series of technologies of self, and at the same time is inscribed in a gender symbolic order which gives hierarchical values and places to subjects; therefore, boxing is a technology of gender. The learning of the boxing practice integrates the fighters in a complex social structure, isolated and fortified as an exclusive preserve of masculinity in a way of working that incorporates several dimensions of body, gender and education.

Key words: *boxing gym, masculinity, teaching boxing, boxer training, gender technologies, body, morality school.*

* Este ensayo forma parte del trabajo de investigación para el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Plantel Xochimilco, con el título "Orden discursivo y tecnologías de género en el boxeo". El trabajo de campo se inició en septiembre de 2005 y concluyó en septiembre de 2008.

** Doctora en Ciencias Sociales. Profesora del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: hmoresp@unam.mx

Résumé

Le gymnase de boxe comme projet pédagogique

La tradition de la boxe crée un système d'enseignement de la discipline répandu dans le temps et l'espace de manière bien régulière. Elle reproduit une série de technologies du moi tout en s'inscrivant à un ordre symbolique qui confère des valeurs et lieux hiérarchiques à propos du genre. C'est pourquoi on affirme qu'il s'agit d'une « technologie de genre ». De cette manière, l'apprentissage de la pratique de la boxe inscrit les combattants dans une structure sociale complexe, séparée et défendue comme une réserve d'exclusivité masculine, dont leur fonctionnement comprend plusieurs dimensions du corps, du genre et de l'éducation.

Mots-clés: Club de boxe, masculinité, enseignement de la boxe, formation du boxeur, technologies du genre, corps, école des mœurs.

El boxeo y la masculinidad

En otro lugar (Moreno, 2007) expongo la manera en que el campo deportivo y en particular los deportes de contacto funcionan como un ámbito de constitución de la masculinidad, cuya dinámica social se basa en una pugna por defender, de la invasión de las mujeres, las actividades, los espacios y los valores asociados con el campo.

En el mundo occidental, los hombres no solo han dominado los campos de juego, sino que cualidades atléticas tales como agresión, competitividad, fuerza, velocidad, poder y trabajo en equipo se han asociado con la masculinidad. A muchos hombres, el deporte les ha aportado una arena donde cultivar la masculinidad y llegar a la hombría (Cahn, 1994: 3).

Hay una amplia bibliografía sobre la forma en que el campo deportivo se relaciona con la construcción de la masculinidad. Quizás el discurso más influyente en el conjunto de la reflexión sea el de Connell (2003), quien expone la idea de que las relaciones sociales de género se realizan y se simbolizan en las actuaciones corporales.

Tales actuaciones se insertan en un mundo donde "la producción de la masculinidad [...] se caracteriza por una estructura institucional competitiva y jerárquica" (Connell, 2003: 59). Entre otros detalles decisivos,

para Connell, la presión del deporte competitivo de alto nivel obliga a los jugadores profesionales a utilizar sus cuerpos como si fueran instrumentos o incluso armas, de modo tal que "las lesiones deportivas se vuelven parte de las expectativas normales de la profesión" (p. 91). Tal estructura, a mi modo de ver, queda muy bien ejemplificada en la organización —tanto al interior como hacia el exterior— del gimnasio de boxeo.

Si, como afirma Connell, la corporificación de la masculinidad en el deporte "incluye patrones completos de desarrollo y uso del cuerpo", es necesario establecer la lógica de esos patrones para entender cómo la organización institucional del deporte "fija relaciones sociales definidas: la competencia y las jerarquías entre los hombres, la exclusión o dominación de las mujeres" (p. 85).

De manera concomitante con este posicionamiento, autores como McKay, Messner y Sabo han hablado de la inserción de la institución deportiva como una estrategia para responder a las diferentes crisis de la masculinidad de la era moderna. En este contexto, el deporte se volvió una de las maneras privilegiadas para naturalizar la subordinación de las mujeres a los hombres y para reproducir relaciones en que el poder se distribuye de forma inequitativa en función del género, la clase social, la raza/etnia y la sexualidad. Desde luego, en cierto sentido, esta interpretación puede también criticarse por simplista y determinista, tal y como empiezan a notarlo estos mismos autores (McKay, Messner y Sabo, 2000: 1-2).

La tesis de la crisis varonil, o “crisis de la masculinidad”, ha asumido, para muchos, casi el estatus de una característica definitoria de las sociedades occidentales [...]. Asumen que los hombres están siendo reducidos a este estado confuso, disfuncional e inseguro a través de una combinación de, primero, un consumismo rampante, desalmado; segundo, el exitoso asalto de las mujeres (del feminismo) sobre los bastiones masculinos de privilegio; y tercero, una desaprobación social y cultural cada vez más extendida de los despliegues tradicionales de la masculinidad (Whitehead y Barrett, 2001: 6).

No obstante, se mantiene el postulado de que la “masculinidad hegemónica”, es decir, la forma dominante de masculinidad (blanca, de clase media, heterosexual) en un período histórico determinado, se define en relación con la femineidad y con las masculinidades subordinadas.¹ Es aquí donde el cuerpo masculino atlético adquiere un poder simbólico importante en el pensamiento occidental, donde se convierte en “una marca de poder y superioridad moral para aquellos que lo portan” (Dworkin y Wachs, 2000: 48-49).

Este conjunto de ideas debe considerarse de manera cuidadosa. El propio Connell propone un modelo tripartita de la estructura del género que distinga relaciones de poder, de producción, de catexis y de representación, dado que la denominada “masculinidad hegemónica” no es un carácter fijo, sino, más bien, “una posición siempre disputable” (Connell, 2001: 36-38). Es necesario examinar cómo estas cuatro estructuras refuerzan las articulaciones entre el *orden de género* global y abstracto, y los *regímenes de género* de nivel micro, como por ejemplo, la religión, el deporte, el trabajo, los medios o la vida familiar (Lafferty y McKay, 2004: 251).

Es en este contexto fluido y cambiante donde el cuerpo varonil se asocia con la superioridad moral. Por eso en México, de manera tradicional, los boxeadores

exitosos reciben amplia atención, son elevados al estatus de héroes, y disfrutan de numerosos privilegios sociales y económicos. Entre otros, como lo señalan Dworkin y Wachs (2000: 60), los varones heterosexuales que ocupan lugares sobresalientes en el ámbito deportivo, supuestamente disfrutan del “acceso a los cuerpos de numerosas mujeres”.

Desde luego, en el boxeo queda de manifiesto la dimensión paradójica de este acceso, por un lado, al privilegio, y por el otro, a la superioridad moral. Como puede observarse con bastante claridad en la disciplina casi monacal del gimnasio de boxeo, la sexualidad es tabú: rompe la concentración y debilita el cuerpo. Y, sin embargo, uno de los mayores atractivos imaginarios del éxito boxístico es precisamente el acceso a las esferas del poder, donde abundarían mujeres dispuestas a entregarse —casi en calidad de ofrenda— a los guerreros victoriosos.

La *illusio* originaria, que es constitutiva de la masculinidad, reside sin duda en el fundamento de la *libido dominandi* bajo todas las formas específicas que reviste en los diferentes campos. Es lo que hace que los hombres (en oposición a las mujeres) estén socialmente formados e instruidos para dejarse atrapar, como unos niños, en todos los juegos que les son socialmente atribuidos y cuya forma por excelencia es la guerra (Bourdieu, 2000: 96-97).

El carácter paradójico de la figura del héroe deportivo exitoso permite distinguir entre varias facetas del fenómeno de la construcción de la masculinidad, al hacer evidente cómo la institución del deporte es un lugar ideal para estudiar a los hombres y las masculinidades, aunque deba ponerse mucho cuidado para no ignorar las realidades derivadas de las diferencias de raza y clase social, en la medida en que los deportes organizados son una práctica mediante la cual la separación y el poder de los hombres sobre las mujeres se corporifica y naturaliza, al mismo tiempo

1 El concepto de *hegemonía* se refiere a la dinámica cultural mediante la cual “un grupo reclama y sostiene una posición de liderazgo en la vida social [...]. La masculinidad hegemónica puede ser definida como la configuración de la práctica de género que encarna la respuesta actualmente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la cual garantiza (o se supone que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2001: 38-39).

que la masculinidad hegemónica (blanca, heterosexual, de clase profesional) se diferencia claramente de las masculinidades marginadas y subordinadas (Messner, 1989: 71-72).

Messner ha hecho una crítica de los estudios sobre masculinidad y deporte, donde se sostenía que “los deportes socializan a los niños para convertirse en hombres” (1989: 74). Para este autor, aunque tales enfoques ofrecieron visiones importantes, adolecen asunciones limitantes de una

[...] teoría del rol de género que parece asumir que los niños llegan a su primera experiencia atlética como tablas rasas sobre las cuales se imprimen los valores de la masculinidad (p. 74).

En efecto, es importante destacar que los muchachos que llegan por primera vez al gimnasio de boxeo ya traen una identidad generificada a sus primeras experiencias deportivas. Como lo muestro más adelante, la estructura del gimnasio de boxeo se convierte, entonces, en un contexto en el cual los aprendices construyen una “identidad posicional masculina” (Messner, 1989: 75). Ahora bien, este posicionamiento de identidad no es lo único que se juega en el gimnasio.

Dado que se trata de una estructura fundamentalmente jerárquica, esta organización replica la verticalidad que caracteriza las interacciones en el conjunto de la vida social y, como bien lo advierte Shaw, los hombres que no desempeñan roles tradicionalmente “masculinos” también se enfrentan a una discriminación histórica en las organizaciones deportivas. Como lo demuestra la investigación etnográfica, en la organización boxística, aquellos que ocupan los lugares más bajos en la jerarquía son invisibilizados, explotados y sacrificados por quienes detentan el poder (Shaw, 2007: 76).

Ahora bien, los gimnasios de boxeo que visitamos durante la investigación de campo en la ciudad de México se constituyen, sin duda, en un ambiente acotado, aislado y de fronteras nítidas, donde se privilegia la imagen de una masculinidad paradigmática, directamente relacionada con su opuesto identitario femenino, mediante mecanismos de exclusión rigurosos y netamente establecidos: el boxeo

es una actividad decididamente fraternal y, como dice Wacquant (1992: 234), la cultura del *gym* es un “espacio quinta esencialmente masculino” dentro del cual la invasión de mujeres es tolerada mientras sea incidental y las mujeres son a menudo construidas de maneras denigrantes (Lafferty y McKay, 2004: 250). El mito de la inclinación “natural” de los hombres hacia la violencia, junto con la construcción social de la masculinidad, apuntalan los deportes violentos —y el boxeo de manera fundamental— como un dominio exclusivo de los varones que ellos utilizan para probar, medir, desplegar o realzar la masculinidad (Halbert, 1997: 12-13).

Puede decirse, por tanto, que en la ideología deportiva convencional, el boxeo es una actividad esencialmente masculina:

La sangre, los moretones, las cortadas y golpes que acompañan la agresión, la violencia y el peligro intrínsecos del boxeo, son popularmente considerados legítimos e inclusive “naturales” para los hombres (Hargreaves, 1997: 35).

En el gimnasio de boxeo se expresan variados tipos de masculinidad y feminidad, sin perturbar la masculinidad hegemónica, pues los procesos de diferenciación persisten incluso aunque los límites del dualismo masculino/femenino se hayan difuminado y estén siendo constantemente redefinidos:

[...] la participación de mujeres en deportes de hombres todavía se enfrenta a la lógica de la oposición binaria de género [...] y al *ethos* de la superioridad masculina [...]; aunque las mujeres siguen haciendo incursiones en actividades tradicionalmente exclusivas para los varones, es debatible cuánto impacto han tenido estas incursiones en realidad en las representaciones hegemónicas de género, en las identidades y en los deportes (Menesson, 2000: 22).

El boxeo y la violencia

El boxeo es un deporte limítrofe cuya legitimidad es puesta en duda reiteradamente. Su finalidad expresa es la destrucción del cuerpo del enemigo, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los deportes

institucionalizados, donde la violencia se disfraza o se atenúa con objetivos que no son los otros cuerpos en competencia. El boxeo manifiesta de manera muy franca su relación con el *ethos* guerrero. Despliega al mismo tiempo una extremada destreza física y un pronunciado desarrollo de habilidades corporales con uno de los más altos riesgos de destrucción y de muerte. Es visiblemente somático, pero se postula estratégico. Depende de virtudes tremendamente anti-intuitivas —quizás irracionales—, como el arrojo hasta el grado de la temeridad, la negación del dolor, el sostenimiento de la voluntad por encima de las indicaciones de alarma que lanza el cuerpo, de modo tal que no es difícil encontrar entre las historias de la tradición boxística muchas en que el grave daño a la salud o incluso la muerte del boxeador se debió a su enorme “corazón”, a su decisión de desoír esas señales. En esa medida, el boxeo construye un cuerpo destinado a su propia aniquilación.

No obstante, hay una interpretación mística del boxeo, la cual inspira una producción cultural bastante extensa. A partir de esta visión se elabora una figura heroica que se mueve en el mundo boxístico para fabular mitos de la modernidad, como el de la construcción de la masculinidad, la conversión del niño en hombre o la salida de la pobreza con base en el mérito individual. En todas estas expresiones, el boxeo “es conquista y destrucción, competencia pura, hombre contra hombre” (Hauser, 2000: 7).

En el campo del boxeo de la ciudad de México, muchos informantes reproducen esta mirada ambigua, donde se idealiza una práctica cuestionable en función de su capacidad para sublimar sus contenidos más inmediatos —violencia, brutalidad, peligro— en imágenes de espiritualidad y trascendencia, control corporal y sometimiento riguroso del cuerpo a la mente, además de interpretarse como una vía para sobreponerse al ritmo frenético de la vida cotidiana y como una disciplina cuyos dividendos más apreciados son el fortalecimiento de la autoestima, la salud y el bienestar físico.

En su caracterización como “ciencia” y como “arte”, existe un esfuerzo discursivo —emitido en diferentes textos— por encontrarle un lugar honroso dentro de las actividades humanas, a pesar de que exista un inconfundible reconocimiento de su violencia expresa. Para

Joyce Carol Oates, es el único deporte “donde el enojo se acomoda, se ennoblece [...]; donde la ira puede ser transpuesta, sin equivocación, como arte” (2002: 63).

Según dicho esfuerzo discursivo, el enfrentamiento de dos cuerpos en el cuadrilátero no significa la cruda exposición de la fuerza bruta, sino “un exhibidor maravilloso de aptitudes cerebrales”, donde se ponen en juego cualidades como: “balance, coordinación, velocidad, reflejos, poder, instinto, disciplina, memoria y pensamiento creativo” (Hauser, 2000: 23). Una pelea, entonces, se convierte en la posibilidad de demostrar una combinación de inteligencia, astucia, gracia, habilidad, y de manera muy especial, “lo que los boxeadores llaman ‘corazón’: la capacidad de seguir peleando cuando uno ha sido lesionado” (Oates, 2002: 79).

A diferencia de lo que ocurre con otros espectáculos públicos de la violencia —como la lucha libre, pero también los géneros policíacos, bélicos, “de acción”, o inclusive la pornografía en el cine y la televisión—, el boxeo no es teatral; “su violación del tabú en contra de la violencia [...] es abierta, explícita, ritualizada, y, como he dicho, *rutinaria*” (Oates, 2002: 106). En el *ring* se cumple lo que Thomas Hauser denomina la ley básica del hombre: “si vas a derrotar a otro hombre, derrótalo completamente” (2000: 7). No obstante, en el campo se repite con frecuencia el argumento de que se trata de una *violencia controlada*, una expresión reglamentada de la agresión que, al ser asimilada por la cultura, se legitima a sí misma.

El boxeo es espectáculo, negocio, empresa, apuestas y hasta contacto con el mundo del hampa. Lugar de explotación, pero también camino —aunque precario— hacia la fama y la fortuna. Como el control del negocio es monopolístico, su crecimiento monetario implica un extendido abuso de la fuerza de trabajo. John Sugden (1996) ha analizado esta dimensión del boxeo de manera elocuente. Según Hauser, aunque la televisión aporta una cantidad enorme de ingresos, muy poco de ese dinero se filtra hacia abajo; el grueso de las ganancias del boxeo “se divide entre quienes no combaten”. A los boxeadores les tocan “salarios pobres, cuidado médico inadecuado y sin pensión más allá de un puñado de recuerdos cuando su carrera termina”. De modo que hasta los más famosos terminan en la miseria (Hauser, 2000: 58).

El boxeo está lleno de paradojas, sobre todo en el plano económico, dado que se mueve en una frontera muy borrosa entre legitimidad e ilegalidad, sobre todo por la intervención de las apuestas. Esto permite que los atletas mejor pagados del mundo sean los boxeadores de campeonato, pero eso no quiere decir que los boxeadores como clase sean los deportistas que reciben más altos sueldos, sino todo lo contrario. Como dice Oates: “la cima de la pirámide es pequeña, la base amplia, bordeando el anónimo subsuelo de la humanidad” (2002: 34).

No podría haber boxeo sin un público ávido de emociones fuertes y dispuesto a alimentar la saña de un encuentro con el furor irracional de la masa enardecida. Los eventos boxísticos suelen ocurrir dentro de un conjunto de ceremonias, rodeados de un ambiente en la dimensión del espectáculo, donde juego, ritual, festival y espectáculo son géneros (*genres*) de actuación (*performance*) —análogos a los géneros literarios— que se vinculan dentro de un sistema ramificado (MacAloon, 1982: 104-106). Se trata de conjuntos de símbolos organizados como procesos en el espacio y en el tiempo. Funcionan como un aparato que procura “de forma inseparable, la participación individual del espectador en el espectáculo y la participación colectiva en la fiesta cuya ocasión es el propio espectáculo” y, mediante las manifestaciones colectivas que suscitan, satisfacen “al gusto y al sentido de la *fiesta*, de la libertad de expresión y de la risa abierta” (Bourdieu, 1998: 32).

Pero sobre todo, el boxeo es una tecnología de género.² Como afirma Sarah Fields, el *box*

[...] se ha contemplado como algo que salva la masculinidad (como lo imaginó Teddy Roosevelt) o como algo que destruye la civilización (como lo temieron las cortes en la década de 1860) (2005: 130).

Si el deporte en general es un campo clara e intencionalmente generificado, el boxeo multiplica de manera fundamental estas características en todas sus di-

mensiones, como espacio para la masculinización de los niños y los jóvenes; como el lugar donde se endurecen el cuerpo y el carácter, a través de técnicas corporales intensas, repetidas y deliberadas, técnicas dirigidas al establecimiento de una disciplina rigurosa cuya finalidad es preparar no solo para la pelea, sino también para la vida.

La primera condición del boxeo —en su estructura tradicional— es el aislamiento de los pupilos en un ambiente estrictamente homosocial: el gimnasio. En el imaginario del boxeo, los roles de género están rigurosamente repartidos. Las mujeres pueden ocupar el lugar de espectadoras o pueden funcionar como la red de apoyo que mantiene las condiciones de posibilidad de la vida de un atleta. Pero en el gimnasio, “agotan la energía de los varones y como compañeras sexuales, destruyen la concentración de un boxeador” (Fields, 2005: 130), por lo cual se les prohíbe la entrada a esa especie de santuario.

En las peleas, el papel de las mujeres se limita a

[...] funciones estereotipadas que se realizan usualmente de manera entusiasta y estereotipadamente femenina [como la de anunciar, usualmente en traje de baño y con maquillaje y peinados vistosos, el número del episodio], porque de otra manera, las mujeres no tienen un lugar natural en el espectáculo (Oates, 2002: 72).

De esta forma, mientras se considera que el boxeo es una actividad “normal” para los varones, aparece como la más inapropiada para las mujeres.

Hay que subrayar que las formas de respeto habituales en el *gym* son formas exclusivamente masculinas, que afirman no sólo la solidaridad y la jerarquía de los boxeadores entre sí sino, además, y de una forma más eficaz puesto que no es consciente, la superioridad de los hombres (es decir, de los “verdaderos” hombres) sobre las mujeres, término físicamente ausente pero simbólicamente

2 Para Teresa de Lauretis (2000), las tecnologías de género estarían ligadas con prácticas socioculturales, discursos e instituciones capaces de crear “efectos de significado” en la producción de sujetos hombres y sujetos mujeres. El género y las diferencias sexuales serían efecto de representaciones y prácticas discursivas.

omnipresente en negativo tanto en la sala como en el universo pugilístico (Wacquant, 2004: 74n).

No obstante, el mundo del boxeo es inconcebible sin la presencia discreta, silenciosa y cálida de mujeres que funcionan como la principal motivación de los peleadores —como el componente imaginario fundamental del hogar que le da sentido a la acción masculina—, al tiempo que representan uno de los peligros a que se enfrenta la carrera boxística.

El lugar

McDowell (2000) desarrolla el concepto de *lugar* no como una referencia estrictamente espacial, sino como un hecho definido por prácticas y relaciones sociales de poder. Un lugar es la intersección de un conjunto diverso de corrientes e interacciones que operan en un abanico de escalas espaciales; se constituye en el cruce de las relaciones y las prácticas sociales, en el tiempo y en el espacio, y a través de los significados culturales asociados con ellas.

El gimnasio, para Loïc Wacquant, “es una fábrica social destinada a rehacer cuerpos humanos y convertirlos en ‘máquinas luchadoras’ virtuales” (1999: 247). Como tal, forma parte del escenario que posibilita la representación de *actos performativos de género* y es, por lo tanto, una de las claves para comprender las tecnologías de género que este deporte pone en marcha.³ A pesar de que, en la actualidad, los gimnasios de boxeo son espacios abiertos a personas de uno u otro sexo, su vocación genérica sigue siendo una condición problemática. Esto significa que el ingreso de las mujeres al boxeo aún se lee como una transgresión de fronteras: ellas están invadiendo un territorio masculino. Por lo tanto, resulta decisivo comprender la lógica interna de esta territorialidad, es decir, los elementos y las relaciones estructurales de significación (*semiosis*) a partir de los cuales se atribuye a una actividad humana su

pertenencia al reino de lo masculino o al reino de lo femenino.

A partir de este marco es factible una lectura del espacio particular del gimnasio para descifrar las marcas genéricas y las barreras visibles o invisibles que funcionan como mecanismos de exclusión no totalmente infranqueables y, sin embargo, vigentes en muchos de sus aspectos medulares. Estas marcas existen como *significantes*, es decir, como expresiones materiales y perceptibles que nos remiten a *significados* interpretables. No se trata de signos homogéneos, sino de *semiosis*, o sea, de posibilidades de significación inscritas en una enorme variedad de soportes repartidos no solo en la distribución arquitectónica —en la medida en que “la arquitectura refleja las ideas dominantes a propósito de las relaciones sociales, e incide en ellas” (McDowell, 2000: 96)—, los objetos, los colores, los accesorios o la iluminación, sino también en las actitudes, los gestos y las palabras de las personas que se encuentran ocupando esos espacios.

El espacio no es un vacío inerte y neutral, sino una entidad cargada de contenidos cuyas propiedades dependen de factores codificados culturalmente; por eso, el espacio es conflictivo, fluido, cambiante. Para McDowell, lo que define el lugar son las prácticas socioespaciales, y de manera decisiva, las relaciones sociales de poder y de exclusión: los espacios

[...] surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales (McDowell, 2000: 15).

En la ciudad de México, la estructura interna de los gimnasios de boxeo parece organizarse alrededor del cuadrilátero, de la misma forma que el entrenamiento tiene como punto culminante el *sparring*, es decir, la práctica de tirar golpes a un oponente, dentro del ámbito perfectamente acotado del *ring*, en lapsos

3 Hemos denominado “actos performativos de género” cierto tipo de acontecimientos *ritualizados* que tienen una ubicación determinada en el tiempo y en el espacio, cuentan con un conjunto de reglas (escritas y no escritas), además de que son una experiencia compartida y una acción colectiva (véase Palomar, 2005). En los gimnasios de boxeo, el género es actuado repetida y cíclicamente por agentes que encarnan dramática y activamente significados culturales particulares.

de tres minutos de actividad por uno de descanso; se trata de un ejercicio que se desarrolla invariablemente bajo la cercana supervisión del entrenador. Es durante el *sparring* cuando el peleador recibe indicaciones decisivas sobre cada uno de sus movimientos corporales, en un escenario que repite hasta cierto punto las condiciones de la pelea, excepto porque se trata de un trabajo de ensayo donde no hay ganador ni perdedor; suele llevarse a cabo —incluso en la rama profesional— con careta de protección, y no todos los gimnasios cuentan con un *ring* con las especificaciones oficiales.⁴

En nuestro recorrido por gimnasios de boxeo, nos encontramos una interesante variedad de disposiciones y soluciones espaciales para responder a las necesidades del entrenamiento. En su enorme mayoría, cuentan con un *ring* acondicionado lo más fielmente posible a las descripciones reglamentarias, aunque no todos poseen una plataforma elevada sobre la superficie del suelo.

Los inmuebles no siempre fueron diseñados con el objetivo de servir para estos fines, sino que han sido adaptados a partir de bases arquitectónicas diversas. Las variantes se dan sobre todo en la disponibilidad de espacio, la iluminación y la ventilación. En todos ellos notamos una continua pugna por el entorno: no solo por conseguir o construir locales adecuados, sino por la disponibilidad de un sitio personal que requiere un atleta para desarrollar una actividad muy intensa que consiste, la mayor parte del tiempo, en aprender y repetir hasta la saciedad un tipo muy específico de movimientos corporales.

En ninguno de estos lugares existe una prohibición de entrada a las mujeres; no obstante, una rápida observación permite darse cuenta de que no es fácil ingresar, ni para los hombres ni para las mujeres. La mayoría de las personas que entrenan en estos lugares ha llegado debido a la invitación previa de un visitante habitual. Una vez dentro, la repartición del espacio no es sencilla; por lo general, el acceso a los diferentes aparatos está regulado por la supervi-

sión de un entrenador. Es el entrenador el que indica cuándo y cuánto tiempo se debe dedicar a golpear el saco o las peras, cuánto a saltar la cuerda, cuánto al *sparring*.

Esto significa que, sin entrenador, no hay entrenamiento: la posibilidad de que una mujer se integre a la actividad cotidiana de un gimnasio está mediada por ese vínculo. Las opiniones de los entrenadores fueron diversas, pero en todas se puede discernir una sensación de extrañamiento, donde sigue estando presente la idea de que las mujeres que boxean están fuera de lugar.

Técnicas corporales

La “cultura” boxística consiste en una serie de posturas y gestos repetidos hasta la saturación y con tanta acuciosidad que terminan por convertirse en coordinaciones motoras, es decir, terminan por volverse respuestas automáticas, *actos eficaces*, disposiciones fundamentales (corporales, emocionales, visuales y mentales), un “saber práctico compuesto por esquemas inmanentes a la práctica”. Se convierte, pues, en un capital específico, un capital que reside en el cuerpo, un capital fisiológico que “una vez utilizado, carece de valor en otro campo” (Wacquant, 2004: 66-67).

Según Wacquant, no se puede dilucidar la importancia y el arraigo del boxeo

[...] sin examinar la trama de relaciones sociales y simbólicas que se tejen en el interior y alrededor del gimnasio, núcleo y motor oculto del universo pugilístico (2004: 29).

El boxeo es una práctica intensamente corporal, una cultura profundamente cinética, un universo en el que lo más esencial se transmite, se adquiere y se despliega más allá del lenguaje, en la coordinación de tres elementos: el cuerpo, la conciencia individual y la colectividad (Wacquant, 2004: 19).

4 No obstante, durante el *sparring* los boxeadores reciben quizá la proporción más importante de los golpes que impactan su organismo durante su carrera. Véanse Anasi (2002), Oates (2000) y Hauser (2000).

En el boxeo, el cuerpo es, al mismo tiempo,

[...] agente y objeto de la práctica, y es mediante estas prácticas corporales como se definen y organizan las estructuras dentro de las cuales se forman los cuerpos y se forjan identidades significativas y corporificadas (Woodward, 2007: 86),

en la

[...] inculcación del Noble Arte como trabajo de conversión gímnica, perceptual, emocional y mental que se produce de forma práctica y colectiva a base de una pedagogía implícita y mimética que, pacientemente, redefine uno a uno todos los parámetros de la vida del boxeador (Wacquant, 2004: 23, 24).

En su exploración, Wacquant encuentra que las salas del boxeo de todo el mundo “se componen más o menos de los mismos elementos y se parecen unas a otras hasta confundirse” (2004: 30n). De igual manera, la disciplina consiste de los mismos movimientos y rutinas, con variantes mínimas, en todos los puntos geográficos donde se practica. Esta regularidad —característica de todos los deportes en sus versiones “oficiales” y que es, además, el fundamento de la competencia— obedece, por un lado, a una reglamentación formal —determinada por la existencia de cuerpos directivos internacionales— y, por otro, a una tradición que permanece a través del tiempo.

En los diferentes gimnasios visitados durante la investigación de campo, observamos una clara uniformidad estructural, adaptada a las condiciones específicas de cada establecimiento. Aunque es evidente una heterogeneidad derivada de los muy distintos orígenes de cada gimnasio, en todos encontramos la misma composición básica, organizada en función de características espaciales heteróclitas, pero alrededor de un principio básico: la posibilidad de desarrollar las mismas actividades corporales —las técnicas boxísticas— que se llevan a cabo en todos los gimnasios de boxeo del mundo.

La lenta y prolongada temporalidad del entrenamiento tiene como finalidad afinar una sensibilidad corporal específica, la cual requiere

[...] una incorporación imperceptible de los esquemas mentales y corporales inmanentes en la práctica pugilística que no admite mediación discursiva o sistematización alguna (Wacquant, 1999: 250),

y se traduce en el conjunto de posturas, patrones de movimiento y estados cognitivo-emocionales que definen la maestría de un boxeador: “el trabajo corporal reorganiza el campo corporal del boxeador en su totalidad” (p. 252).

El boxeo no solo implica la totalidad del propio cuerpo, sino también una lectura del otro cuerpo en el *ring*. Los boxeadores aprenden a conocer y monitorear sus propios organismos, y también a evaluar el cuerpo de sus oponentes, “mediante una lectura de su superficie exterior”. Antes de cada pelea, los boxeadores y sus entrenadores “evalúan metódicamente el cuerpo de su adversario, intentando detectar índices de posibles debilidades que puedan ser explotadas” (pp. 252-253).

La experiencia de entrenadores y *mánagers* en el trabajo con mujeres deriva en diversas posiciones que reflejan, por una parte, una sensación de discordancia, pero también una adaptación a nuevas condiciones y nuevas reglas del juego dentro del campo boxístico. Sin embargo, la presencia de mujeres siempre es problemática; no es sencillo compartir el espacio, no se pueden aplicar los mismos criterios para unas y otros. Lo que se subraya y se naturaliza es la diferencia entre hombres y mujeres, en dos vertientes principales: o la incapacidad de ellas para la práctica —y la obvia superioridad física de los varones— o su sobredesempeño.

El dúo entrenador/pupilo

El boxeo se transmite “cuerpo a cuerpo”: es una disciplina que requiere la presencia del entrenador como agente del conocimiento corporal, y de compañeros aprendices con quienes se ensaya y se repite cada detalle de una minuciosa preparación. Estos dos factores conjugados —entrenador/pupilo—, indispensables para la pedagogía boxística, estructuran el entrenamiento como una práctica que requiere condiciones espacio-temporales muy especiales. De

ahí la constitución del gimnasio como un lugar social de índole específica, a donde no cualquiera puede o quiere entrar. Los límites del gimnasio no son nada más barreras físicas (puertas, paredes, marcas materiales), sino sobre todo barreras simbólicas, prohibiciones explícitas rigurosamente observadas por propios y extraños, que no solo delimitan con claridad un “adentro” y un “afuera”, sino también áreas internas de diferente acceso, en función sobre todo de una inflexible jerarquía dentro del grupo que establece el sitio que cada quien puede ocupar.

No es solo el espacio, sino también la temporalidad lo que se determina con rigor en el “centro del dispositivo de aprendizaje pugilístico”. Se trata de una sincronía colectiva, de un “ritmo común” que se impone desde el centro, con indicaciones cronométricas —usualmente auditivas, como el sonido de un silbato, un timbre, una campanada o una orden verbal— para pausar los lapsos de actividad y de descanso en función de la estructura del boxeo (tres minutos de ejercicio intenso por uno de descanso), coordinada a partir de la lógica de los encuentros en el *ring*.

Estas dos condiciones —de aislamiento en el tiempo y en el espacio— producen el ambiente privilegiado del *gym*: un emplazamiento ritual donde se escenifica de manera cotidiana y metódica la ceremonia mágica de la masculinidad en un ambiente de pares. Ambas dimensiones permiten el establecimiento de un centro de significación para la vida de quienes acuden diariamente a este reducto semisecreto, iniciático, religioso, de dolorosa solidaridad, donde la vida cobra sentido en oposición al sinsentido de la realidad exterior en lo que Wacquant ha denominado el “culto plebeyo de la virilidad” (2004: 30).

Como se trata de un ámbito atravesado por saberes tradicionales —que se transmiten por vía oral, de maestro a discípulo—, los ejercicios y los regímenes de los boxeadores aparecen a menudo como una práctica empírica que no pasa de manera formal por las instituciones, los textos y los aparatos burocráticos.⁵

Ninguno de los informantes que se identificaron como entrenadores o como entrenadores/mánagers habían recibido una instrucción institucional; todos se habían formado en la práctica, la enorme mayoría como boxeadores. La enseñanza del boxeo se imparte mediante un método cuya eficacia se va probando de manera tautológica: un entrenador es “bueno” en la medida en que sus pupilos ganan más peleas.

En el dúo formado por el entrenador y el pupilo a menudo aparece un vínculo personal que puede ir más allá de la capacitación del cuerpo para la realización de una tarea más o menos especializada. En la visión de muchos de nuestros informantes, esta ligazón es un componente crucial para la práctica, en cuanto la confianza ciega y la observancia rigurosa de las indicaciones del entrenador son decisivas para el éxito de un boxeador.

En muchas ocasiones, el vínculo es previo al ingreso al boxeo, porque una de las vías de entrada es precisamente la pertenencia a una familia boxística; en muchas entrevistas registramos cómo se vuelven boxeadores y entrenadores —y también boxeadoras— los hijos y hermanos de boxeadores y entrenadores más o menos establecidos, y de esta manera, el mecanismo de reproducción de la práctica depende del acceso a los lugares y a los secretos que determinan la configuración del campo a través de relaciones familiares, las cuales se convierten en el capital social más importante de muchos boxeadores.

A pesar de esta solidaridad, la relación entre entrenador y pupilo no siempre es desinteresada y afectuosa; en particular, porque el boxeo es también un negocio donde se juega dinero. A menudo se dan condiciones de explotación y abuso de la fuerza de trabajo que están determinadas por la estructura del campo, en la medida en que la posibilidad de ganarse la vida en el oficio depende de la concertación de peleas públicas que generarán ingresos dentro de un aparato complejo de intereses. En última instancia, un boxeador es una inversión tanto para el entrenador/mánager,

5 Allí donde otros deportes “han dado lugar a complicadas burocracias compuestas por múltiples funciones ultraespecializadas, el boxeo sigue funcionando con la tríada artesanal del entrenador, preparador y mánager —y a veces una misma persona asume las tres funciones” (Wacquant, 2004: 118-119).

como para la familia, que desvía una considerable cantidad de recursos para su manutención y cuidado. Las negociaciones para programar peleas no son sencillas y dependen de muy delicados equilibrios, donde se juegan las carreras de los boxeadores, así como su integridad y bienestar físicos. Lo que queda claro, a partir de los testimonios de nuestros informantes, es que el entrenador/mánager es una figura decisiva para el destino de un boxeador.

El ámbito protector del gimnasio

Para convertirse en una fábrica de capital corporal, el gimnasio debe funcionar como una *escuela de moralidad*, una máquina donde se fabrica “el espíritu de la disciplina, la vinculación al grupo, el respeto tanto por los demás como por uno mismo y la autonomía de la voluntad” (Wacquant, 2004: 30).

En sentido lato, este tipo de organización recupera formas de socialidad muy semejantes a las que Foucault estudia en *El uso de los placeres* (1984) y en *Tecnologías del yo* (1990). Los dispositivos de saber-poder que se desarrollan en el gimnasio recuerdan principios como la *enkrateia*, inventada por los griegos del período clásico y definida por el autor como “forma activa de dominio de uno mismo, que permite resistir o luchar, y asegurar su dominio en el campo de los deseos y de los placeres”, la cual

[...] se sitúa en el eje de la lucha, de la resistencia y del combate: es moderación, tensión, “continencia”; la *enkrateia* domina los placeres y los deseos, pero necesita luchar para vencerlos [...]; es la condición de la *sōphrosyne*, la forma de trabajo y de control que el individuo debe ejercer sobre sí mismo para volverse temperante (*sōphrōn*) (Foucault, 1984: 62-63).

De ahí el carácter monástico, casi penitencial, del programa de vida que exige el boxeo, el cual se convierte, para Wacquant, en “vector de una *desbanalización de la vida cotidiana*”, al convertir la rutina en el medio de acceder a un universo en el que se entremezclan aventura, honor y prestigio (Wacquant, 2004: 30). Estos tres factores, interpretados precisamente como atributos relacionados con la masculinidad, se enganchan con una “subordinación fanática del yo en términos de un destino deseado” (Oates, 2002: 27), una *ascética* cifrada por la renuncia, el sacrificio, el control sobre sí.

Este movimiento permite que la renuncia, el sacrificio y el control sobre sí puedan ser caracterizados como una libertad (Foucault, 1984: 76).⁶ Se trata, sin duda, de una libertad paradójica, sostenida en la abnegación, la renuncia y el sacrificio. Un sacrificio que se extiende a todas las dimensiones de la vida de un boxeador. Para tener éxito, un atleta del *ring* debe someterse a un régimen que rebasa con mucho las horas y el ámbito del gimnasio, para impregnar todos los aspectos de la vida privada: dieta estricta, horario regular, obligación de ir a la cama temprano, abstinencia sexual durante las semanas anteriores al combate, renuncia a prácticamente todo tipo de vida social. Todos estos factores son parte de la cotidianidad de un boxeador dedicado.⁷

El *gym* funciona como una institución que reglamenta toda la existencia del boxeador: uso del tiempo y el espacio, cuidado de su cuerpo, estado de ánimo y deseos;

[...] al reclutar a sus jóvenes y apoyarse en su cultura masculina del valor físico, el honor individual y el vigor corporal, se enfrenta a la calle como el orden al desorden [...] como la violencia controlada y constructiva de un

6 “Esta libertad-poder que caracteriza el modo de ser del hombre temperante no puede concebirse sin una relación con la verdad. Dominar sus placeres y someterlos al *logos* no forman más que una sola y la misma cosa [...]. No podemos constituirnos como sujeto moral en el uso de los placeres sin constituirnos al mismo tiempo como sujeto de conocimiento” (Foucault, 1984: 84).

7 “El dominio que un régimen convenientemente meditado debe cubrir se define por una lista que con el tiempo ha adquirido un valor casi canónico [...]; comprende: ‘los ejercicios (*ponoi*), los alimentos (*sitia*), las bebidas (*pota*), los sueños (*hypnoi*), las relaciones sexuales (*aphrodisia*)’ —todas cosas que deben ser ‘medidas’ [...]; el régimen debe tener en cuenta numerosos elementos de la vida física de un hombre, o por lo menos de un hombre libre, y ello a lo largo de todos los días, desde el levantarse hasta el acostarse [...]; el régimen problematiza la relación con el cuerpo y desarrolla una manera de vivir en la que las formas, las elecciones, las variables están determinadas por el cuidado del cuerpo” (Foucault, 1984: 95-96).

intercambio estrictamente civilizado y claramente circunscrito (Wacquant, 2004: 64),

cuyo fundamento es la aceptación

[...] de un sistema de valores que enfatiza el respeto por uno mismo y por otros: no sólo el respeto físico, sino también el respeto por el carácter propio y del oponente [...]; un trabajo ético junto con los principios del sacrificio [...], agresión controlada y una renuncia a la violencia viciosa que es tan familiar en los vecindarios más allá de las puertas de los clubes de boxeo (Sugden, 1996: 183).

Varios autores (Oates, 2002; Hauser, 2000; Anasi, 2002; Woodward, 2007; De Garis, 2000; Wacquant, 1992, 1999, 2004) coinciden en la lectura del gimnasio como un lugar de realización, donde niños, jóvenes y hombres —siempre en masculino— encuentran un sentido para la vida, respeto, trabajo y disciplina, además de que sirve para apartarlos “de una vida de drogadicción, conducta antisocial y crimen” (Hauser, 2000: 14). Todos ellos subrayan en algún momento la cualidad generificada de este cumplimiento:⁸

La factura de la personalidad consciente en el boxeo a menudo se basa en una lógica binaria, especialmente en relación con el género. Dicha identidad, o conjunto de identidades, podría involucrar una fuerte inversión en y una identificación con la masculinidad tradicional, en oposición a la feminidad que se constituye como su contrario psíquico y material (Woodward, 2007: 37-38).

En el boxeo, las cualidades de los varones se oponen implícitamente a las características de las mujeres, en un juego donde los principios de lo humano se identifican con lo masculino. De la misma forma,

Foucault (1984: 55-56) reconoce, en la caracterización de la templanza —como arte de los placeres capaz de limitarse a sí mismo—, una estructura esencialmente viril, cuya consecuencia es que

[...] la intemperancia depende de una pasividad que la emparenta con la feminidad [...]; ser intemperante es [...] estar en un estado de no resistencia y en posición de debilidad y de sumisión; es incapaz de esta actitud de virilidad respecto de sí mismo que permite ser más fuerte que sí mismo [...]; el hombre de la falta de dominio (*akrasia*) o de la intemperancia (*akolasia*) es un hombre al que se podría llamar femenino, más ante sí mismo que ante los demás (pp. 82-83).⁹

Referencias bibliográficas

Anasi, Robert, 2002, *The Gloves. A Boxing Chronicle*, Nueva York, North Point Press.

Bourdieu, Pierre, 1998, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

—, 2000, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.

Cahn, Susan K., 1994, *Coming on Strong / Gender and Sexuality in Twentieth-Century Women's Sport*, Cambridge MA y Londres, Harvard University Press.

Connell, R. W., 2001, “The Social Organization of Masculinity”, en: Stephen M. Whitehead y Frank J. Barrett, comps., *The Masculinities Reader*, Cambridge, Polity Press, pp. 30-50.

—, 2003, *Masculinidades*, México, Pueg-UNAM.

De Garis, Laurence, 2000, “‘Be a Buddy to Your Body’. Male Identity, Aggression, and Intimacy in a Boxing Gym”, en: Jim McKay, Michael A. Messner y Don Sabo,

8 “A través de esta concepción [la del pensamiento griego] del dominio como libertad activa, lo que se afirma es el carácter ‘viril’ de la templanza [...]. En esta moral de hombres hecha para los hombres, la elaboración de sí como sujeto moral consiste en instaurar de sí a sí mismo una estructura de virilidad; sólo siendo hombre frente a sí mismo podrá controlar y dominar la actividad de hombre que ejerce frente a los demás en la práctica sexual [...]. En el uso de sus placeres de varón, es necesario ser viril respecto de uno mismo, como se es masculino en el papel social. La templanza es en su pleno sentido una virtud de hombre” (Foucault, 1984: 80-81).

9 La templanza implica que el logos sea colocado en posición de soberanía sobre el ser humano; que pueda someter los deseos y esté en situación de regular el comportamiento (Foucault, 1984: 84).

- Masculinities, Gender Relations and Sport*, Thousand Oaks, Londres y Nueva Delhi, Sage Publications Inc., pp. 87-107.
- De Lauretis, Teresa, 2000, "La tecnología del género", en: *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Madrid, Horas y horas, pp. 33-69.
- Dunning, Eric, 1995, "El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones" en: Norbert Elias y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 323-342.
- Dworkin, Shari Lee, y Faye Linda Wachs, "The Morality / Manhood Paradox / Masculinity, Sport, and the Media", en: Jim McKay, Michael A. Messner y Don Sabo, 2000, *Masculinities, Gender Relations and Sport*, Thousand Oaks, Londres y Nueva Delhi, Sage Publications Inc., pp. 47-66.
- Fields, Sarah K., 2005, *Female Gladiators. Gender, Law, and Contact Sport in America*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press.
- Foucault, Michel, 1984, *Historia de la sexualidad*, vol. 2, *El uso de los placeres*, 13.ª ed., México, Siglo XXI.
- Foucault, Michel, 1990, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.
- Halbert, Christy, 1997, "Tough enough and Women enough: Stereotypes, Discrimination and Impression Management among Women Professional Boxers", *Journal of Sport and Social Issues*, núm. 21, pp. 7-36.
- Hargreaves, Jennifer, 1997, "Women's boxing and related activities: Introducing images and meanings", *Body and Society*, núm. 3, pp. 33-49.
- Hauser, Thomas, 2000, *The Black Lights. Inside the World of Professional Boxing*, Fayetteville, The University of Arkansas Press.
- Lafferty, Yvonne, y Jim McKay, 2004, "'Suffragettes in Satin Shorts'? Gender and Competitive Boxing", *Qualitative Sociology*, vol. 27, núm. 3, otoño, pp. 249-276.
- Macaloon, John J., 1982, "Double Visions: Olympic Games and American Culture", *Kenyon Review*, invierno, vol. 4, núm. 1, pp. 98-112.
- McDowell, Linda, 2000, *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid, Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer.
- McKay, Jim, Michael A. Messner y Don Sabo, 2000, *Masculinities, Gender Relations and Sport*, Thousand Oaks, Londres y Nueva Delhi, Sage Publications Inc.
- Messner, Michael, 1989, "Masculinities and Athletic Careers", *Gender and Society*, vol. 3, núm. 1, pp. 71-88.
- , 1990, "When Bodies are Weapons: Masculinity and Violence in Sport", *International Review for the Sociology of Sport*, vol. 25, núm. 3, pp. 203-220.
- Moreno, Hortensia, 2007, "Mi última pelea", *Debate feminista / cuerpo a cuerpo*, año 18, vol. 36, octubre, pp. 11-29.
- Oates, Joyce Carol, 2002, *On boxing* (expanded edition with photographs by John Ranard), Nueva York, ecco (Harper Collins).
- Palomar Vereá, Cristina, 2005, *El orden discursivo de género en Los Altos de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Shaw, Sally, 2007, "Gender in sport management / A contemporary picture and alternative futures", en: Cara Carmichael Aitchison, comp., *Sport & Gender Identities / Masculinities, Femininities and Sexualities*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 74-89.
- Sugden, John, 1996, *Boxing and Society. An International Analysis*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press.
- Wacquant, Loïc, 1992, "The social logic of boxing in black Chicago: Toward a sociology of pugilism", *Sociology of Sport Journal*, núm. 9, pp. 221-254.
- , 1999, "Un arma sagrada. Los boxeadores profesionales: capital corporal y trabajo corporal", en: Javier Auyero, *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 237-292.
- , 2004, *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Madrid, Alianza-Ensayo.
- , 2007, "Carisma y masculinidad en el boxeo", *Debate feminista (cuerpo a cuerpo)*, año 18, vol. 36, octubre, pp. 30-40.

Whannel, Garry, 2007, "Mediating masculinities / The production of media representations in sport", en Cara Carmichael Aitchison, (comp.), *Sport & Gender Identities / Masculinities, Femininities and Sexualities*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 7-21.

Whitehead, Stephen M., y Frank J. Barrett, comps., 2001, *The Masculinities Reader*, Cambridge, Polity Press.

Woodward, Kath, 2007, *Boxing, Masculinity and Identity. The "I" of the Tiger*, Londres y Nueva York, Routledge.

Referencia

Moreno, Hortensia, "El gimnasio de boxeo como proyecto pedagógico", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 24, núm. 63-64, mayo-diciembre, 2012, pp. 15-28.

Original recibido: 24/02/2010

Aceptado: 12/07/2010

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.
